



PRESENCIA  
GLOBAL DE LA  
MISERICORDIA

## Imágenes teológicas: Ver contemplativo

**Mary Katherine Doyle rsm (Americas)**

“¡Bienaventurados sus ojos, porque ven; y sus oídos, porque oyen!” (Mateo: 13:16). Es un don el ver más allá del primer nivel de la vista, ver más allá de las apariencias hacia el corazón de lo que se percibe. La mirada contemplativa hace eso. Nos lleva más allá de la superficie al significado. Nos impulsa al momento revelador de la visión. Es la experiencia de la sacramentalidad viva.

Aprendí esta verdad de un árbol que se encuentra en la profundidad de una antigua arboleda de secoyas. A primera vista el árbol era común y corriente, maltrecho y azotado por centenares de inviernos, cicatrizado por rayos calcinadores. Pero permaneció de pie, recto y alto, ofreciendo su palabra a generaciones de visitantes.



Cuando miré fijamente a este árbol antiguo, empecé a ver algo más que una secoya quemada. Vi las cicatrices de motosierras donde, inexplicablemente, seres humanos habían desollado este

árbol que había sido llamado Madre del Bosque. Sección tras sección fue desprendida, dejando al árbol desprotegido de los elementos, de predadores y de las llamas. Este orgulloso árbol había ofrecido su silencioso himno de alabanza a Dios desde la edad media. Cada día reflejó la belleza de simplemente existir. Cada día abrió una ventana a la grandeza de Dios. Fue en 1854 cuando los hombres desprendieron la corteza de la secoya. Querían probar al mundo la existencia de estos árboles masivos. Tomaron la corteza y reconstruyeron el árbol en una exposición en Londres. El hecho fue recibido con asombro y horror; asombro por la maravilla de la creación de Dios y horror porque semejante belleza había sido violada. La indignación forzó a que la arboleda fuera protegida por la ley. La violación de un árbol llevó a la preservación de la arboleda durante los siglos venideros. La Madre del Bosque entregó su protección, entregó su vida pero dio vida a otros árboles. Fue rebautizado como Árbol del Sacrificio.



Las secoyas son más que árboles que inspiran asombro. Son parábolas vivientes. Nacen a través del fuego. Sus semillas no saldrían de sus piñas sin el toque del fuego. Crecen juntos, en pequeños grupos rodeados por una comunidad de otras plantas y árboles más pequeños como los cornejos. Masivos pero vulnerables, sus raíces se extienden exteriormente cerca de la superficie de la tierra. Son protegidos por su corteza similar al asbesto, que protege al árbol de la devastación del fuego. Cuando les cae un rayo, su herida se cubre por sí misma dejando solo una cicatriz. Perduran.

Si miras al árbol con ojos contemplativos, es posible ver la historia de la resistencia que supera la violencia, de la alabanza que emerge del sufrimiento. Cuando miras a la cima del árbol, ves dos ramas extendidas en pose *orante*, una invitación a ofrecer alabanza a pesar de las heridas

sufridas. El árbol habla de fidelidad duradera. Es lo que es, y en su autenticidad, reta a espectadores contemporáneos a preguntar, « ¿Cómo pueden los seres humanos devastar la tierra? ». ¿Cómo podemos despojar a otros seres o a la tierra misma de lo que protege y sustenta?

He visitado este Árbol del Sacrificio muchas veces, y cada visita revela más. Cada vez lamento lo que nos hacemos unos a otros y a la creación. Recientemente, en medio de mi reflexión, miré a la cima del árbol y me sentí profundamente sorprendida. A medida que el tiempo año tras año talla la superficie del árbol, ha dejado una marca duradera. El tiempo ha labrado un corazón en el tronco del árbol.



El árbol había hablado una vez más. Cuando vi el corazón, me recordó que los sufrimientos abrazados crean corazones que aman, crean un nuevo espacio dentro de nuestro propio espíritu. Donde antes ese espacio estuvo cubierto, ahora provee un lugar de albergue para las aves pequeñas, para las criaturas del bosque sin rechazar nada. La mirada contemplativa creó



un vínculo de intimidad entre este árbol antiguo y yo. Es parte del poder de la mirada contemplativa, porque cuando vemos más allá de la superficie nos atrae la belleza santa y única que yace en lo más profundo de otra parte de la creación de Dios.



Quizás pronto vendrá un día cuando yo vuelva a la arboleda de secuoyas y descubra que mi árbol por fin ha caído al suelo. Continuará la jornada de su retorno a la tierra de donde salió, pero hará mucho más que eso. Me hablará de resurrección. De su sustancia brotará nueva vida. Dará alimento a nuevo crecimiento incluso cuando entrega su propia existencia. Me llevará al misterio Pascual y me recordará que cada día yo debo morir y resucitar para que otros puedan vivir.

Joan Chittister OSM habla enérgicamente de la dinámica de la mirada contemplativa diciendo: «Para ser personas contemplativas debemos estar en sintonía con el Sonido del universo. Debemos estar conscientes de lo sagrado en cada uno de los elementos de la vida. Debemos hacer nacer la belleza en un mundo pobre y plástico. Debemos sanar a la comunidad humana. Debemos crecer en concierto con el Dios en nuestro interior». <sup>i</sup> Tal postura contemplativa significa abrirse a la sacramentalidad de la creación, para interiorizar las palabras de Hopkins: «El mundo está cargado de la grandeza de Dios».

La mirada contemplativa no se limita a descubrir lo santo en la belleza de la creación. Es ver lo santo en la persona forastera, la marginada, la solitaria y la olvidada. Ver más allá de las debilidades y heridas humanas a la imagen de Dios que vive dentro de nuestros hermanos y hermanas. Es la manera en que Catalina McAuley veía a las personas a las que fue enviada a servir, la manera expresada en Mateo 25, «Les aseguro que todo lo que hicieron por uno de mis hermanos, aun por el más pequeño, lo hicieron por mí».

Cada uno de nosotros va a descubrir nuestro propio Arbol del Sacrificio. Juliana de Norwich lo encontró en una avellana. Como Juliana, algún día tendremos en nuestra mano un pequeño pedazo de la creación y escucharemos a Dios que nos habla a través de su santo don.



---

<sup>i</sup> **Joan Chittister.** "Sabiduría milenaria se agita en el desierto: en medio de cambio alucinante, las antiguas verdades del monacato siguen siendo vitales. (Vida Religiosa: Sección especial)." La Biblioteca Libre. 1999 Reportero Católico Nacional 12 Sep. 2020